

ENTREVISTA | Nuevo libro sobre Neruda

JORGE EDWARDS

“UN ESCRITOR NO ES NECESARIAMENTE BUENA PERSONA”

Esta semana llega a librerías “Oh, maligna” (Acantilado), una nueva y esperada novela del escritor chileno, premio Cervantes de Literatura 1999, en la que explora un episodio de la vida del joven Neruda que —estima Edwards— lo marcó para siempre: su tormentosa relación con la birmana Josie Bliss. En estos agitados días, también opina sobre la contingencia chilena y la lamentable separación de la política y la cultura en nuestra sociedad.

MARÍA TERESA CÁRDENAS M.

Lo que más me gustó de Neruda es ‘Residencia en la tierra’; lo demás no me interesaba”.

Neruda era un poeta del mar. Por eso se instala en Isla Negra, y no está nunca en la playa, está mirando el mar con un catalejo”.

En mayo del 68 De Gaulle salió a la calle y desfiló con su ministro de Cultura, que era nada menos que André Malraux. Estamos muy lejos”.

“Oh, Maligna, ya habrás hallado la carta, ya habrás llorado de furia, y habrás insultado el recuerdo de mi madre” son los primeros versos del poema “Tango del viudo”, escrito por un joven Pablo Neruda tras su paso por Birmania (actual República de Myanmar), entonces colonia de Inglaterra a la que llegó en 1928 en calidad de cónsul en Rangún. “Oh, maligna” es también el título de la novela que Jorge Edwards (Santiago, 1931) acaba de publicar en España por Acantilado y que esta semana empezará a distribuirse en las librerías chilenas. Con su habitual estilo conjetural, que no afirma verdades, sino más bien propone respuestas, el destacado escritor chileno explora la tormentosa relación que Ricardo Neftalí Reyes, quien ya había empezado a firmar como Pablo Neruda, sostuvo durante algunos meses con la birmana Josie Bliss. El amorío terminó mal. El cónsul cambió de destinación y abandonó sin aviso a la mujer que le había arrebatado el sueño. Tuvo miedo de sus celos, de su posesividad. Pero —aventura el novelista— nunca se olvidó de ella.

Jorge Edwards saluda con entusiasmo al abrir la puerta de su amplio departamento en el edificio patrimonial El Barco, a pasos del Museo Nacional de Bellas Artes y del Parque Forestal, un sector por el que, en estos días, ha visto desfilar a “gente de todas las clases, de todas las edades y de todos los estratos; chicos de uniforme, señoras entusiastas”. Bien informado y jovial, no deja de lado sus opiniones acerca de la realidad del país en esta entrevista sobre su nuevo libro.

“Había un rencor, algo que no entendíamos, porque hay mucha desigualdad. Por ejemplo, en la educación. Para una madre modesta, que tiene dos hijos, pagar las matrículas universitarias es imposible. Se había ido acumulando una rabia, un resentimiento, y yo lo he visto hasta en las caras. Y he visto otra cosa: esto ha sido como un carnaval. He visto una cosa rítmica, y banderas de todas clases, una proliferación de banderas. Y el ritmo, ese ti ta tá, ta tá. De repente me ha parecido demasiado reglamentado. Alguien organiza, parece, todo esto; por qué ese sonido ritual, por qué se reconocen al tiro y se saludan y se abrazan. Hay algo emocional, de fondo, casi del inconsciente colectivo, si se puede decir”.

El nacimiento de una poesía

El libro de Edwards se inicia con un Neruda estudiante viviendo pobremente en una pensión de la calle Maruri, escenario de sus escarceos amorosos con la joven de la boina gris. Gracias a los contactos de un amigo consigue un nombramiento —durante el gobierno de Ibáñez del Campo, puntualiza Edwards— como cónsul de elección en el Lejano Oriente, donde escribe los poemas de su primera “Residencia en la tierra”. Las 237 páginas de la novela concluyen, en tanto, con el emotivo funeral de Neruda, en septiembre de 1973. En el principio y al final aparece el crítico literario Hernán Díaz Arrieta, Alone.

“Esta novela es sobre el nacimiento de una poesía que a mí me impresionó de chico. Lo que más me gustó de Neruda es ‘Residencia en la tierra’; lo demás no me interesaba. Y después, es la muerte de un poeta, porque esta historia de Alone en el cortejo fúnebre la conocí de cerca; me la contó una señora joven, de apellido Aldu-

nate, que lo acompañó. Y la misma Matilde me dijo después: ‘Alone, cuando murió Pablo, lloró y lloró delante de mí, y me abrazó’. Qué cosas, ¿no? Alone había financiado parte de ‘Crepusculario’, el primer libro de Neruda”.

La novela recrea las horas finales del poeta en la clínica. Edwards interpreta esa escena: “Cuando Neruda se está muriendo, están en la puerta de la pieza Matilde, Teruca Hamel y Laurita Reyes, su hermana. Y cuando se lo llevan en la camilla, él levanta una mano y dice ‘Adiós, Laurita’. De la única de la que se despidió es de la hermana. Y esa es la infancia. Adiós, Laurita; adiós, infancia. Neruda era un tipo de poeta romántico. En el romanticismo la imagen de la infancia es muy fuerte. Neruda sabía más de lo que se cree, porque estudió inglés en el Instituto Pedagógico y leyó mucho a Byron, a Keats... También estudió francés”.

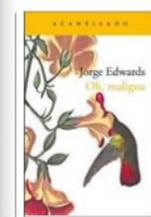
Amigo de Pablo Neruda, y su segundo a bordo cuando este fue embajador de Chile en Francia durante la Unidad Popular, Edwards ya lo había retratado fielmente en “Adiós, poeta...”, donde acudió sobre todo a la memoria. Ahora, en cambio, debía recrear episodios y lugares que no conoció directamente:

“Yo quería escribir una novela mucho más realista y un amigo mío español, que es un gran crítico literario, Fernando Rodríguez Lafuente, me dijo: ‘No vayas a esos países; inventa. Acuérdate de que Emilio Salgari nunca salió de Roma y escribió sobre Sandokán y todas esas cosas’. Yo le hice caso, y me fui a El Rastro de Madrid y compré todo lo que encontré sobre esa región del mundo, guías de turismo, novelas, de todo. Y también empecé a leer todo lo que leía Neruda en ese tiempo: Conrad, ‘El negro del Narcissus’, él era muy conradiano; Pierre Loti, Neruda estaba fascinado sobre todo con ‘Mi hermano Ives’. Leí todas esas cosas, y qué es lo que encontré: ‘Mi hermano Ives’ es un poema del mar. Baudelaire: ‘¡Hombre libre, siempre amarás el mar!’; después leí a Rimbaud, ‘El barco ebrio’. Neruda era un poeta del mar. Por eso se instala en Isla Negra y no está nunca en la playa, está mirando el mar con un catalejo”.

Para escribir “Oh, maligna”, que ya “la tenía pensada y anotada”, Edwards arrendó una pieza en una casa de Santander, donde la universidad de verano lo invita a dar cursos. “Escribí la novela ‘de un viaje’, atacado por los tábanos, porque estábamos a la orilla del mar. El novelista teje cosas, y yo lo que hice es eso, tejí, hice conjeturas. Todas las noches leía un poema de ‘Residencia en la tierra’ y después, en la mañana, escribía. Entonces yo introduje en mi prosa fragmentos de poesía, deliberadamente”.

Dos hechos que aparecen en la novela sirvieron de detonación para esta ficción. “A mí siempre me impresionó ese episodio de la vida de Neruda —afirma—. Y un día, en París, conocí a

una poeta francesa muy interesante que se llamaba José. Entonces le conté a Neruda. Y me dijo ‘Qué tiene de raro, si Josie es José’. Y se quedó muy pensativo. Hablamos de eso, y yo me di cuenta de lo siguiente: el tema de Josie lo había tocado muy profundamente, no lo olvidó en el resto de su vida”. El segundo fue en Chile: “Una vez salimos de Santiago a Isla Negra, y cuando pasábamos frente al mercado persa me dijo ‘¡para, para!’. Paramos, y se compró una cadena vieja de barco, que pesaba toneladas, y contrató a unos camioneros para que se la llevaran a Isla Negra. Yo pensé, este es un poema: ‘El fantasma del buque de carga’. Esos barcos viejos, por los mares de la India, del sur de Birmania”.



OH, MALIGNA
JORGE EDWARDS
Acantilado,
Barcelona, 2019,
237
páginas. NOVELA

—En París, usted le pregunta si sigue enamorado de Josie Bliss, pero él no responde.

“A él le pesaba esa separación. Y se quedó mirando el Sena, con las barcazas. Al arrancarse de Josie Bliss, bueno, se arrancó del oriente, del misterio, de todo eso”.

—¿Por qué cree que deja también esa poesía de “Residencia en la tierra”, más hermética y oscura que su poesía anterior?

“Porque lo angustia mucho. Todo está contado en un poema de ‘Tercera Residencia’, se llama ‘Reunión bajo las nuevas banderas’, ese es el poema de una conversión al comunismo, desde una posición surrealista, solitaria. Neruda elige ser militante y hablar del pueblo y todas esas cosas. Le voy a contar una cosa que lo retrata mucho, creo yo: cuando yo me vengo a Chile, después de haber estado trabajando con él en París, Neruda veía que yo había tenido problemas en Cuba, que no estaba contento, entonces me dice: ‘Tú, ahora necesitas la protección de un gran partido’. Yo no me atreví a decirselo, porque le tenía respeto, pero pensé ‘¿y quién me va a proteger a mí de ese gran partido?’. Claro, la conclusión mía es que no era ninguna protección, porque aquí llegó Pinochet y les sacó la mugre a los comunistas, me habrían cortado la cabeza”.

—En “Los pecados de Neruda”, Hernán Loyola responde cada una de las acusaciones que se le han hecho a Neruda. ¿Qué opina de que se cuestione la vida personal de un escritor?

“No conozco ese libro, pero me interesa mucho, lo voy a buscar. Mire, yo creo que existe el derecho a juzgar a todo el mundo. Balzac, por ejemplo, era farsante, comilón. El mundo literario está lleno de farsantes, de tramposos, de estafadores, no hay nada que hacer. Un escritor no es necesariamente buena persona, eso está claro. Yo trato de ser buena persona, pero de repente me doy cuenta de que estoy siendo mala persona. No hay cómo salvarse”.

—¿Y qué opina de la corrección política aplicada a la literatura?

“Pero ¿qué es la corrección política? Es una forma de autocensura. Esto no se puede decir, no lo digo. Para un escritor es lo peor porque frena su inspiración, su naturalidad y su talento, incluso. Entonces Neruda, claro, pasaba por encima de todo, porque consideraba que lo más importante era él. Neruda no pensaba más que en eso, y la editorial le servía de escudo”.



ILUSTRACIÓN FRANCISCO JAVIER OLEA